

Escuchar antes de hablar: la música como lenguaje vital en la primera infancia

Reseña Crítica del Capítulo 1: Por qué es importante la música en la etapa 0-6 del libro La música en la escuela infantil (0-6) de Judith Akoschky, Pep Alsina, Maravillas Díaz y Andrea Giráldez

Danna Gutiérrez 7035

Datos del Texto

Autores: Judith Akoschky, Pep Alsina, Maravillas Díaz y Andrea Giráldez

Título: La música en la escuela infantil (0-6)

Editorial: Graó, Barcelona, 2008

Campo: Didáctica de la educación musical, pedagogía de la primera infancia

¿De qué trata este capítulo?

Antes de que un bebé diga su primera palabra, ya reacciona al sonido. Se calma con la voz de su madre. Se mueve con el ritmo de una canción. Prefiere las melodías que escuchó en el útero. Y, sin embargo, en muchos salones de educación infantil, la música sigue siendo lo que se hace cuando sobra tiempo, o la actividad que acompaña la llegada y la salida de un ejercicio. Ese contraste entre lo que la ciencia sabe sobre la música y lo que la escuela hace con ella, es exactamente el problema del que este capítulo habla.

La música en la escuela infantil es una obra colectiva publicada en 2008, escrita por cuatro autoras y autores españoles: Judith Akoschky (especialista en educación musical para la primera infancia), Pep Alsina, Maravillas Díaz y Andrea Giráldez.

El primer capítulo, nos da una primera lectura del tema en el que se centra el libro: ¿por qué la música no es un adorno sino una necesidad en la educación de los niños y niñas desde el nacimiento hasta los seis años?


Este capítulo se organiza en tres grandes ejes: el desarrollo musical del niño desde antes del nacimiento hasta los seis años, el papel de la familia y la sociedad en ese desarrollo, y el papel del maestro (incluyendo la pregunta de si hace falta ser especialista para enseñar música). En conjunto, los tres ejes conforman un argumento sólido y honesto que merece atención.

¿Qué dicen los autores?

El capítulo abre con una cita de Shehan Campbell y Scott-Kassner (1995), ya sea escuchando, cantando, tocando, moviéndose o creando, las experiencias musicales son importantes en la vida de los niños. Conectando esa idea con evidencia científica, el feto escucha sonidos entre las 24 y 30 semanas de gestación y reacciona a ellos. Los recién nacidos reconocen la voz de su madre, prefieren canciones que escucharon en el útero y se calman al oír el latido del corazón de su madre.

“De hecho, hoy sabemos que el feto escucha y siente la vibración de los sonidos del interior (el latido del corazón y los sonidos producidos por el aparato digestivo de la madre) y del exterior (voces, música, ruidos, etcétera) entre las 24 y 30 semanas de gestación (Tomatis, 1963 y 1972; Lecanuet, 1995), y que reacciona a estos estímulos a través del movimiento”. Akoschky, 2008, p. 13

A partir de ahí, el capítulo nos explica etapa por etapa el desarrollo musical del niño, desde el primer mes de vida hasta los seis años. Lo que surge de esa lectura es una imagen del niño que resulta asombrosa: a los dos meses ya “canta” en el sentido de emitir sonidos a diferentes alturas. A los cuatro meses divide unidades en el canto y es sensible a la estructura musical. A los tres años improvisa canciones repetitivas e imita con el cuerpo el ritmo de la música. A los cinco puede secuenciar ritmos y melodías propias. Todo esto sucede antes de que la escuela se lo proponga enseñar, y muchas veces independientemente de lo que la escuela haga.



La conclusión que los autores extraen de estas etapas es importante: el niño no llega vacío a la educación musical. Llega con capacidades musicales ya en desarrollo, con una sensibilidad formada desde el útero. El trabajo del maestro no es darle música como si fuera un contenido nuevo, sino encontrarse con esa musicalidad que ya existe y acompañarla.

“Las niñas y los niños son intrínsecamente musicales.” Trehub, 2003, citada por Tafuri, 2006, en Akoschky, 2008, p. 15

El segundo elemento del capítulo trata sobre la familia y la sociedad como mediadores del desarrollo musical. Aquí los autores se apoyan en el musicólogo John Blacking para sustentar que el valor de la música en la sociedad influye directamente en el desarrollo. No se trata solo de llevarlos a conciertos o de poner música en casa, se trata de qué lugar ocupa la música en la vida cotidiana, qué modelos escuchan, qué tan diverso o cercano es ese contacto.

“El valor de la música en la sociedad y sus efectos diferenciales en la gente pueden ser factores esenciales en el desarrollo o atrofia de las aptitudes musicales.” Blacking, 1994, p. 65, citado en Akoschky, 2008, p. 23

El tercer y uno de los más importantes elementos es el que trata sobre el papel del educador. Los autores plantean la pregunta que muchos docentes de educación infantil se hacen en algún momento: ¿hace falta ser especialista para enseñar música? La respuesta que dan es clara y es que no. No hace falta ser músico profesional.

Lo que hace falta es haber desarrollado algunas habilidades básicas como cantar, discriminar sonidos, acompañar con percusión sencilla, seleccionar repertorio adecuado y saber observar a los niños mientras escuchan o producen sonido.

“La música es para todos los profesores y lo ideal es que los niños hagan música con su maestro de aula, no con un especialista que sólo tendría un contacto esporádico con ellos.” Janet Mills, 1989, p. 2, citada en Akoschky, 2008, p. 29

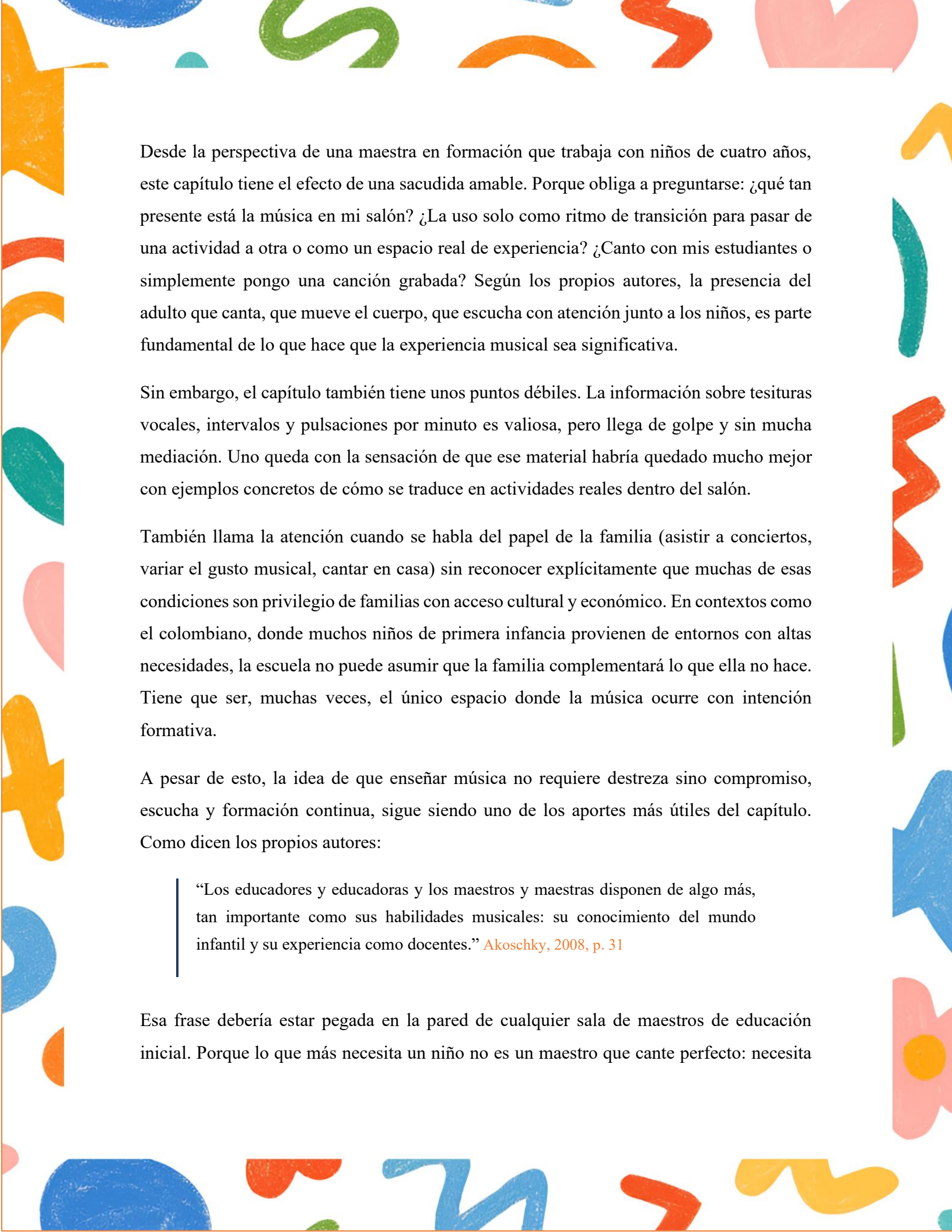
Al mismo tiempo, los autores son honestos sobre los límites reales: muchos maestros y maestras carecen de la seguridad necesaria para usar la música regularmente en el salón de clases porque su formación inicial fue insuficiente. Las carreras de educación infantil dedican muy poco tiempo a la música, y ese tiempo frecuentemente se invierte en solfeo y flauta, herramientas que poco tienen que ver con lo que se necesita para cantar con bebés o acompañar una ronda con niños de tres años. Reconocer ese problema ya es un paso importante.

El capítulo cierra con una reflexión sobre la diferencia entre “educación musical” (enseñar música como objeto de conocimiento) y “música para educar” (usar la música como herramienta para otros aprendizajes). Los autores no nos dicen que elijamos una sobre la otra, sino que las integremos. Una canción sobre las flores puede, al mismo tiempo, desarrollar la memoria melódica, ampliar el vocabulario, estimular el movimiento y crear un momento de conexión emocional con el grupo. Todo depende de cómo la maestra o el maestro la prepare, la presente y la acompañe.

Aspectos de análisis

Lo que se me hizo más interesante de este capítulo es que no separa la ciencia de la pedagogía. Las investigaciones sobre el desarrollo musical del feto y del bebé no están allí para impresionar, sino para recordarle al educador que cuando canta una nana, está haciendo algo con consecuencias reales en el cerebro y el cuerpo del niño.

También es destacable la honestidad con que los autores abordan la tensión entre especialistas y generalistas. En lugar de defender una postura, presentan las dos con sus ventajas y limitaciones, y confían en la inteligencia del lector para sacar sus propias conclusiones. Especialmente cuando reconocen que la formación musical que reciben los maestros generalistas en sus carreras es frecuentemente insuficiente.



Desde la perspectiva de una maestra en formación que trabaja con niños de cuatro años, este capítulo tiene el efecto de una sacudida amable. Porque obliga a preguntarse: ¿qué tan presente está la música en mi salón? ¿La uso solo como ritmo de transición para pasar de una actividad a otra o como un espacio real de experiencia? ¿Canto con mis estudiantes o simplemente pongo una canción grabada? Según los propios autores, la presencia del adulto que canta, que mueve el cuerpo, que escucha con atención junto a los niños, es parte fundamental de lo que hace que la experiencia musical sea significativa.

Sin embargo, el capítulo también tiene unos puntos débiles. La información sobre tesituras vocales, intervalos y pulsaciones por minuto es valiosa, pero llega de golpe y sin mucha mediación. Uno queda con la sensación de que ese material habría quedado mucho mejor con ejemplos concretos de cómo se traduce en actividades reales dentro del salón.

También llama la atención cuando se habla del papel de la familia (asistir a conciertos, variar el gusto musical, cantar en casa) sin reconocer explícitamente que muchas de esas condiciones son privilegio de familias con acceso cultural y económico. En contextos como el colombiano, donde muchos niños de primera infancia provienen de entornos con altas necesidades, la escuela no puede asumir que la familia complementará lo que ella no hace. Tiene que ser, muchas veces, el único espacio donde la música ocurre con intención formativa.

A pesar de esto, la idea de que enseñar música no requiere destreza sino compromiso, escucha y formación continua, sigue siendo uno de los aportes más útiles del capítulo. Como dicen los propios autores:

“Los educadores y educadoras y los maestros y maestras disponen de algo más, tan importante como sus habilidades musicales: su conocimiento del mundo infantil y su experiencia como docentes.” Akoschky, 2008, p. 31

Esa frase debería estar pegada en la pared de cualquier sala de maestros de educación inicial. Porque lo que más necesita un niño no es un maestro que cante perfecto: necesita

un maestro que cante con él, que escuche lo que él canta, que le muestre que los sonidos importan y que la música es algo que se hace juntos, no algo que se recibe en silencio.

Para quien está aprendiendo a enseñar en la primera infancia, leer este capítulo genera preguntas que no son fáciles, pero sí necesarias: ¿Cuánto tiempo dedico a la música en mi planeación? ¿La pienso como experiencia o solo como recurso de manejo de grupo? ¿Conozco el repertorio musical apropiado para la edad con la que trabajo?

La música en la escuela infantil es un libro que te lleva a preguntarte y cuestionar tu propia práctica, este primer capítulo cumple con el demostrar con honestidad, evidencia y argumentos prácticos por qué la música merece estar en el centro de la educación de los niños desde el primer día de vida. Y eso, para quien enseña en primera infancia, no es un dato académico, es una guía de trabajo.

Referencia bibliográfica:

Akoschky, J., Alsina, P., Díaz, M. y Giráldez, A. (2008). *La música en la escuela infantil (0-6)*. Barcelona: Graó.